

todas las vísceras del vientre bajo, por todo el sistema vascular ó circulatorio á los órganos de la respiracion, de las secreciones, y á todos los demas que ejercen las funciones de la vida vegetativa ú orgánica. Estos dos sistemas se comunican uno con otro por varios puntos: el sistema del gran simpático comienza en el cuello en un ganglion el mas grueso de todos, que comunica con otro algo menos grueso inferior á aquel, y estos son los centros de este sistema de los que parten todas sus ramificaciones.

Comparando estos dos sistemas nerviosos, vemos que el cerebral es doble y simétrico, distribuido con igualdad á ambos lados del cuerpo: el simpático es único, irregular, sin simetría: el primero se dirige y se extiende por todos los órganos de los sentidos y de los movimientos: el segundo á las vísceras interiores, al vientre y á los demas órganos de la nutricion, respiracion, etc.; el primero sirve para ejercer las funciones de la vida sensitiva: el segundo para ejercer las de la vida vegetativa: el primero obra determinado por la voluntad: el segundo está absolutamente independiente de ella y no la obedece. El primero excita ideas y causa placeres ó dolores: el segundo ninguna

idea excita, pero sí produce placeres y dolores en nuestra alma.

Primeros sentimientos de la vida orgánica.

4. Cuando todas las funciones de la vida vegetativa se ejecutan con el debido órden, con facilidad y soltura; en aquellos momentos en que, satisfechos los órganos absorventes de la digestion, se elabora ésta plácidamente sin dificultad, ni aun exige aquel sistema de órganos nuevas secreciones: respirando un aire libre, puro y delgado, y gozando de un cielo sereno, libre el ánimo de pesares morales, y apagada toda reflexion; sentimos dulcemente nuestra existencia sin advertir que pasa; y este placer lo excita en el alma la armonía y sosiego de los movimientos del gran simpático igual y acorde en todas las vísceras que llega al cerebro como las olas de un mar tranquilo á las playas sin mover apenas ni un granito de arena. Empero, cuando empieza á alterarse esta armonía por el desórden ó dificultad de alguna de las funciones orgánicas, entonces se altera, se perturba el plácido movimiento de aquellos nervios, y excitan en el alma sentimientos desagradables. El sentimiento

de nuestro bienestar causa un placer que es como el primero de todos los placeres, y por eso no tiene nombre particular: cualquiera alteracion nociva ó penosa de las funciones orgánicas excita en el alma un sentimiento, que llamamos *disgusto* ó *displicencia*. Pero así aquel placer como esta displicencia tienen muchos grados, y casi nunca se encuentran puras y simples, porque muy poco tiempo están acordes todos los órganos en el desempeño de sus funciones, y por lo común unas funciones se ejercen bien, no tanto otras, algunas mal del todo, y casi siempre sentimos gusto y disgusto, placer y displicencia, siendo muy fácil y casi continuo el tránsito del uno al otro de estos dos estados del alma.

Aun cuando se conserve toda nuestra máquina en el buen orden que decía, ejerciéndose todas sus funciones orgánicas libre y desembarazadamente, y guardando entre sí todas ellas la armonía mas perfecta; pasado algun tiempo todos los sistemas de nuestros órganos exigen, cuando no un total descanso, al menos una remision en el ejercicio de sus funciones. El cerebro, como órgano material que auxilia al alma en las operaciones de la vida racional, y los

órganos de los sentidos necesitan de cuando en cuando un tiempo de descanso, en el que hay una total suspension de sus funciones, que constituyen la vida racional y la sensitiva. Y los órganos de la vida vegetativa han menester una remision en las suyas. Necesita esta remision el estómago, la respiracion y la circulacion, porque éstas se aceleran por intervalos, y luego marchan á paso sosegado, y lo mismo sucede á las demás funciones orgánicas. Mas luego que han gozado de la remision necesaria, vuelven á entrar en actividad y siguen su marcha como de antes. Así este paso de la accion al descanso, y del descanso á la accion, es necesario para la conservacion de las tres vidas (1).

Esta es, pues, otra necesidad, ó mas bien otras dos necesidades sensibles además de las que observamos ya. Necesidad de descansar y necesidad de obrar. A la noche se apaga la accion del cerebro: el alma apenas puede á mucho trabajo excitar una idea: se caen los pár-

---

(1) Las funciones de la vida orgánica son continuas, no se interrumpen ni cesan del todo: solo admiten remision: las de las vidas sensitiva y racional exigen suspension total para conservarse.

pados: los oídos rehuyen aun los mas melodiosos sonidos: el cuerpo se afloja hasta rendirse al sueño. Por la mañana al despertar bullen de nuevo las ideas: se abren los sentidos, y como que buscan objetos en que emplearse. El cuerpo, despues de algun bostezo, no acierta á estarse quieto: la necesidad de nuevas absorciones y excreciones lo estimulan á proporcionárselas por los movimientos de los órganos exteriores. Y en fin toda la naturaleza, reanimada con la presencia del astro del dia, convida dulce pero imperiosamente al hombre á poner en ejercicio todas sus facultades, y entonces:

*Da el hombre á su labor sin miedo alguno  
Las horas situadas.*

De todo lo dicho hasta aquí resulta que, ademas de los placeres que nos producen las sensaciones de los objetos exteriores, sentimos otra clase de placeres excitados por las impresiones de aquel otro sistema nervioso interior, que de todos los órganos de la vida vegetativa pasa y se comunica al cerebro, y de éste al alma. Hemos visto que lo primero que produce este sistema en el alma es el sentimiento de una necesidad: este sentimiento tiene sus grados, primero desazon, apetito, hambre últimamente. Las necesida-

des que hemos observado se reducen á cuatro. Necesidad de absorver, de expeler, de descansar y de obrar. Al satisfacer estas necesidades va cediendo la sensacion molesta que ellas causaban, y la va sustituyendo una sensacion de placer mas ó menos viva, siempre en proporcion á la mayor ó menor viveza con que antes sentíamos la necesidad. Estos son los placeres y los dolores generales, por decirlo así, de la vida vegetativa ú orgánica: así como los que nos proporcionan los sentidos exteriores son los que pertenecen á la vida sensitiva. Comparados unos con otros, observamos que aquellos son mas profundos; éstos mas superficiales: aquellos mas vivos; éstos mas delicados: aquellos mas permanentes; éstos mas fugaces: aquellos mas sencillos; éstos mas complicados.

Origen de las pasiones físicas, ú origen físico de las pasiones.

5. Los dolores y placeres propios de la vida vegetativa son el gérmen de todas las pasiones humanas. Llámense *pasiones* aquellos afectos que siente la voluntad necesariamente, esto es, los padece. Los que he analizado hasta aquí produ-

cen aquellas pasiones que podemos llamar físicas, porque nacen y terminan en la parte material de su ser, y se dirigen á la conservacion de la máquina y aun de la especie entera. El sentimiento de la hambre engendrará la gula, el prurito de la excrecion del licor seminal dará origen á la lujuria: la necesidad del descanso producirá algun dia la pereza: el conato al movimiento y propension á obrar nos conducirá á la inquietud, al desasosiego, á la precipitacion. El sentimiento de nuestro bienestar nos causa la alegría, ó la alegría es ese sentimiento: por el contrario llamamos tristeza la pena que sufrimos cuando sentimos alguna incomodidad, nacida del desentono de nuestra máquina en alguna de sus partes ó en cualquiera de las funciones de cada una.

Qué cosa sea el instint..

6. El sentimiento de estas necesidades es tambien el principio del *instinto*. Su fin es la conservacion del individuo y de la especie. Concurren á formarlo el principio que siente ó el alma, los órganos del cuerpo, y la naturaleza. Esta le ofrece al animal los objetos que ne-

cesita para su conservacion. El principio senciente, guiado por el placer que le producen aquellos objetos, los elige ó apetece, y con los órganos de su cuerpo lo busca y se los apropia. Pero entre estas tres cosas se advierte una armonía infinitamente admirable; porque el mismo universo ofrece á cada especie de seres vivientes y animados los medios que le son indispensables para subsistir: aunque estos sean distintos para las distintas especies, y aun opuestos y encontrados en los distintos géneros de animales; yerbas á los herbívoros: animales á los carnívoros: aire para que vuelen por él las aves: agua para que naden en ella los peces: tierra para que marchen por ella los demas animales. Podemos decir que el mundo y los seres que lo componen son la materia *circa quam* versa el instinto: pero esta materia es tan variada como debia serlo para satisfacer á tantos diferentes instintos, como son diferentes los innumerables géneros de animales; y esta variedad es tan exactamente simétrica y tan ajustada á cada género, que cada uno, si tuviera razon y fuese capaz del orgullo del hombre, creeria que el mundo entero habia sido criado y dispuesto para que le sirviese á él. El prin-

cipio que siente en cada género de animales es de tal naturaleza, ó está montado en tal disposicion, que precisamente siente aquellas necesidades cuya satisfaccion conduce á su conservacion propia y de su especie; y siente placer en los objetos que pueden satisfacerlas, y en su posesion y disfrute; y dolor en cuanto le es perjudicial y nocivo. Finalmente, cada género de animales está dotado de uno ó de muchos sistemas de órganos los mas proporcionados y mas bien dispuestos, lo 1.º para sentir las necesidades que debe satisfacer para conservarse, y éstas las siente por los órganos interiores: lo 2.º para buscar y proporcionarse los objetos y los medios de satisfacer aquellas necesidades, y esto lo hace por medio de sus órganos exteriores. Para lo cual están provistas de alas las aves, de escamas los peces y de aletas: la mariposa de trompa para chupar el jugo de las flores: de colmillos agudos y fuertes los carnívoros: de muelas el buey y la oveja, etc.

Comienza pues el instinto por el sentimiento de una necesidad: sentimiento excitado en el alma por los nervios del sistema interior de que hablamos: casi al mismo tiempo que llega al alma este sentimiento, empieza á sentir el placer

del objeto que la naturaleza le ha puesto inmediato y que puede satisfacerla: y bullendo para buscarlo, sin saber que lo busca, lo encuentra, y hallado, sin estudiar el modo de adquirirlo, lo adquiere y lo goza, y se lo hace suyo como le está bien, y queda el animal satisfecho. Yo he visto parir una vaca, y al becerrillo, casi aun no desprendido del todo, sostenerse á tientas y con trabajo, arrimando para ello su cuello y cabeza al vientre de la madre, y darle el olor de la leche que reventaba ya de la ubre en las narices, y correrse con tiento refregándose por entre las tetas, de las que, destilando al hociquillo algunas gotas, le hicieron sentir el dulce sabor de aquel alimento tan oportunamente preparado en sitio tan cómodo para su regalo. Chupaba con ahinco al principio el pezon de la madre, y cansado dejaba de chupar para respirar sin apartar sus labios del pecho, y entonces, vacía la boca, recibia en ella el chorro de leche que se desprendia de la ubre comprimida por el aire exterior; y así, su misma organizacion, y la de su madre y la de la naturaleza, por decirlo así, le enseñaban á mamar sin que él aprendiese con estudio á hacerlo. Este es el instinto.

Podemos considerar este universo como una gran máquina compuesta de otras infinitas todas entre sí acordes y combinadas, preparadas con tal armonía que á ciertos movimientos de los órganos interiores de varios seres que llamamos vivientes, corresponden ciertos sentimientos en el principio vital que los anima; sentimientos que lo son de varias necesidades. Al par casi de estos sentimientos se le ofrecen al animal exteriormente ciertos objetos capaces de satisfacer aquellas necesidades: estos producen en el mismo principio vital ciertas sensaciones de placer que lo inclinan á su adquisicion: á estas inclinaciones del principio vital corresponden en los órganos exteriores del animal ciertos movimientos los mas propios para buscar y apropiarse aquellos objetos, quedando satisfechas con ellos sus necesidades.

El principio vital, ó el alma, es el primer resorte de estas máquinas: es la que siente necesidades, placeres y dolores, la que recibe la impresion de los órganos interiores, y la que da impulso á los órganos exteriores: pero estos están dispuestos de tal modo, que sin recibir mas que un impulso general é indeterminado, se determinan ellos mismos en vir-

tud de su conformacion á obrar de esta ú otra manera. Las almas ó principios vitales, ínfimos en la escala de las sustancias inmateriales, estan unidos á máquinas las mas sencillas en su línea: pero máquinas las mas exactas en sus impresiones. Sus órganos son los mas adecuados para comunicarles con la mayor exactitud y distincion el sentimiento de sus necesidades, y para ejecutar los movimientos necesarios á la adquisicion de los objetos que han de satisfacerlas. Y la naturaleza les ofrece estos objetos de suerte que pueden adquirirlos con la mayor facilidad y prontitud. La ostra, el pólipo, que viven asidos, como la planta, á una piedra, tienen un principio vital muy limitado: pero sus necesidades son muy pocas: su máquina despierta en él el sentimiento de ellas con mucha facilidad y seguridad: sus órganos exteriores apenas pueden ejecutar otros movimientos que los precisos para proporcionarse las absorciones y secreciones necesarias á su conservacion. Y en torno de ellos les presenta la naturaleza los objetos con que deben satisfacer sus necesidades. A esto está reducido todo su instinto. El de la abeja es uno de los que mas han dado que pensar á los metafísicos y á los naturalistas. En es-

ta clase de insectos la necesidad de reproducirse se hace sentir de tres modos distintos, porque la obra de la reproducción se ejecuta por tres distintas clases de individuos. La reina pone, los zánganos la fecundan, y las abejas crían á los gusanillos ó cresillas que son las larvas de estos insectos. Han de vivir unidas: para esto la abeja reina tiene tal atractivo para las obreras, que la halagan, la acarician, y no saben vivir sin ella. La abeja tiene órganos para beber el néctar de las flores, órganos para recoger el pólen maduro de las anteras, y al volver cargadas de una y otra sustancia, despues de haber dado á cada una su distinta preparacion en estómagos separados, las depositan en el panal, trabajando con su cuerpecito como con un instrumento mecánico dispuesto para formar aquellas celditas, cuyo suelo está compuesto de tres losetas triangulares é inclinadas hácia el centro, y las paredes componen un vaso exactamente exágono en el que vacian la miel despues de haber empleado la cera en la construcción de los vasos.

Dije "que el principio viviente da  
» ha solo un impulso general é indeterminado á los órganos exteriores, y que estos se determinaban por sí mismos en

» virtud de su conformacion á obrar de esta ú otra manera." Esto, que parece tal vez oscuro, se os hará claro reflexionando sobre lo que nos sucede cuando ejecutamos aquellas acciones á las que estamos perfectamente habituados, como el andar, hablar, &c. Ya no necesita detenerse el alma á ordenar y dirigir con estudio los movimientos de las piernas y pies, de los labios y lengua, sino que quiere hablar y habla, quiere andar y anda, sin saber como, digámoslo asi; porque es tal la facilidad que han adquirido aquellos órganos para ejecutar cierta serie de movimientos, que solo necesitan de un primer impulso del alma para ejecutarlos. Pues esta facilidad que en nosotros han adquirido aquellos órganos por la repetición de actos, la ha puesto el artífice sapientísimo de los insectos en sus órganos desde luego, para que, no siendo capaz de reflexion el principio vital de ellos, se encuentren aptos á ejecutar por un solo impulso indeterminado de aquel principio lo que ejecutan los nuestros en fuerza del hábito por un simple acto de nuestra voluntad.

Se impugna la opinion de Condillac acerca del instinto; y la del Virey.

7. Esto es cuanto puedo deciros acerca del instinto: no me lisonjeo de haber penetrado este gran misterio de la naturaleza; pero sí me parece mas verdadero y mas fácil de entender lo que os he enseñado, que las explicaciones con que lo oscurecen otros autores. Condillac dice: *que el instinto no es mas que el hábito privado ya de reflexion: las bestias adquieren el instinto reflexionando, ó por medio de la reflexion.* Virey hace ver que esta opinion es absurda. "El »corderito, dice éste, recién nacido ¿ha »aprendido por ventura á fuerza de reflexion el hábito de mamar, que ejecuta »tan bien la primera como la última vez »que mama?" Nosotros tambien mamos por instinto, ¿aprendimos por ventura á mamar reflexionando? Andamos y hablamos por hábito: pero ¿cuánto trabajo nos costó el adquirirlo! ¿cuánto tiempo! ¿cuántos ensayos! Está tan de bulto la diferencia del hábito al instinto, que no sé cómo pensó asi un metafísico tan grande como Condillac. Y el señor Virey ¿qué nos dice del instinto? Usa de tantas

metáforas para explicarlo, y lo explica de tantos modos, que, á mi ver, lo deja mas oscuro que lo encontró. Este filósofo, segun se explica en los bellos artículos que trabajó para el Diccionario de Historia Natural, es un panteista embozado, como lo advertirá todo el que lea aquellos artículos. Dice, pues, «que el instinto es el »poder ejecutivo de cada individuo: que »no es otra cosa que el deseo de su propia conservacion; un apetito general emanado de la vida": y concluye afirmando que «en todo animal y en el hombre debemos distinguir dos personas: la »primera la que obra por instinto: la segunda la que obra por reflexion. Esto »ha hecho conocer que en los seres que »sienten hay dos almas: el alma interior »ó alma del instinto, y el alma exterior »ó la de la mente y razon: division reconocida por los ingenios mas sublimes, »como Platon, S. Pablo, S. Agustin, Bacon, Leibnitz, Buffon, &c." Podia haber puesto á Manes en lugar de S. Pablo y de S. Agustin, y á Valhemont y Paracelso en lugar de esotros filósofos, y hubiera acertado. ¿Y es esto explicar el instinto? ¿Acabar diciendo que el hombre y los demas animales tienen dos almas, una por dentro y otra de fuera, una interior y otra



exterior? ¿Que las operaciones de la interior componen el instinto, y las de la exterior la razon?

Refútanse otros errores de Virey acerca de la naturaleza del alma.

8. Lo mas gracioso es que esta prodigalidad con que multiplica las almas en los animales es aparente; porque en realidad no les concede ni una sola. Virey reduce el instinto á las sensaciones de placer y de dolor, y al apetito de los objetos que le producen aquel, y fuga de los que le ocasionan este: al sentimiento de las necesidades, y al apetito de aquellas cosas que han de satisfacerlas. "Las sensaciones de placer y dolor *residen en la fibra viviente*. El apetito del alimento, v. g., *está en cada parte del cuerpo del animal: todas las partes de su cuerpo sienten la hambre*. Punzas un músculo y se contrae independientemente de la voluntad, se encoge, y en cierto modo teme dejar al dolor partes en que se ceberia aniquilarse. Mas en sintiendo el placer se dilata, se hincha, se endereza y se extiende, y tira á identificarse con el objeto que le es agradable. Esta tendencia depende únicamente de la vida,

» y sin ella no existe: *es una propiedad de la fibra animada. El instinto está en la fibra viviente de cada parte del cuerpo. La vida sola es la que hace el instinto, porque la planta (que segun él lo tiene) no puede tener ni pensamiento ni hábitos.*" Si el instinto está en la fibra viviente de cada parte del cuerpo, ¿de qué sirve aquella alma interior del instinto?

Añadiré á las dichas otras doctrinas del mismo autor para poner mas en claro su modo de pensar. En el artículo *Sensibilidad* se explica de este modo: "Se ha pretendido que la sensacion no se obra en el órgano, sino en el cerebro: no hay cosa mas opuesta á las verdades físicas. El dolor está en el dedo quemado, y no en el cerebro: *este solamente tiene el conocimiento ó conciencia del dolor. El alma, impassible por su esencia, no puede tener por sí misma ni placer ni pena: el cuerpo solo siente uno y otro. El disgusto, la alegría, el amor y las demas pasiones no se sienten en el cerebro, sino en la parte inferior del pecho, cerca del estómago.*" ¿*El alma impassible por su esencia!* ¿Esperábais oír esto de boca de un filósofo del siglo XIX? Ya se ve; como supone á las almas emanaciones de la

Divinidad; á las vidas ó principios vitales, irradiaciones de la vida del mundo, como puede verse en otros artículos trabajados por él; para ir consiguiendo debe hacer impasibles las almas; é indestructibles los principios vitales, sin otra alteracion que sus emersiones é inmersiones en el centro de la vida comun de donde salen para vivificar los seres vivientes, y á donde vuelven separándose de ellos cuando sus máquinas se destruyen y desmoronan.

La irritabilidad es propiedad distinta de la sensibilidad.

9. A mi ver, uno de los motivos que han conducido á tales errores á los modernos Panteistas y Materialistas es que han querido confundir la irritabilidad con la sensibilidad. Pero, sin entrar yo á refutar este error (no se me diga que no lo entiendo), oid lo que dice otro colaborador del Virey en la obra del Diccionario. "De ningun modo, dice Du Jour en el artículo *Irritabilidad*, de ningun modo debe confundirse la irritabilidad con la sensibilidad. Estas son dos facultades muy distintas de los cuerpos organizados, y es falso decir, como poco ha se ha dicho,

» que la irritabilidad no es otra cosa que la sensibilidad manifestada por el movimiento. Si fuese fundada esta asercion, las plantas no serian irritables, porque no experimentando sentimiento alguno de placer ni dolor, no pueden dar señal alguna de aquella sensibilidad que reside en los animales y de que ellas carecen enteramente.

» La irritabilidad se distingue tan bien de la sensibilidad, que la extension ó la intensidad de la una de estas facultades en diversas clases de animales está, por decirlo asi, en razon inversa de la extension é intensidad de la otra. Es decir, que en aquellos animales en los que la sensibilidad es casi nula, es muy considerable la irritabilidad, como por el contrario esta es muy débil en el hombre, por ejemplo, y en la mayor parte de los cuadrúpedos que gozan de una sensibilidad exquisita. A las dos horas de haber cesado de vivir estos últimos, no existe irritabilidad alguna en sus músculos: pero si se descuartiza una rana y se le separan del cuerpo sus principales vísceras, estas darán señales de irritabilidad bien sensibles mas de veinte horas despues de la muerte del animal. Lo mismo se observa en la víbora, y á la

» misma causa deben atribuirse los movi-  
 » mientos continuados por largo tiempo en  
 » los trozos de una anguila ya divididos. No  
 » sucede otro tanto á los miembros de un  
 » perro descuartizado. Asi que, la irritabi-  
 » lidad sobrevive á la sensibilidad: la pri-  
 » mera reside en los músculos: la segunda  
 » en los nervios, y pueden existir en una  
 » misma parte del cuerpo sin confundirse.  
 » Las partes en que residen ambas son  
 » sensibles por los nervios, é irritables  
 » por los músculos: pero la irritabilidad  
 » en ellas no es proporcionada á la sen-  
 » sibilidad. El estómago es extremadamen-  
 » te sensible: los intestinos no tanto, y  
 » con todo son mas irritables que el es-  
 » tómago. Estas dos facultades considera-  
 » das bajo todos aspectos ofrecen una di-  
 » ferencia entre sí muy notable.”

    Pero ¿acaso los nervios serán por sí mismos sensibles, como son los músculos irritables? La comunicacion de todo el sistema nervioso con el cerebro prueba la existencia de un sensorio comun y central fuera del cual no hay sensacion, sino solo modificaciones capaces de excitarla en aquel punto: interceptada esta comunicacion por cortadura, por ligadura, por obstruccion, por parálisis, por sueño, por enagenacion mental, habrá en la extremi-

dad de los nervios que toca á la piel todas las causas excitantes que quieran aplicarse: habrá contraccion, irritacion en los músculos. Ciertamente no habrá sensacion. *Pero el cerebro solo tiene el conocimiento del dolor, no la sensacion. ¡Rissum teneatis, amici!* Dejemos delirar al Vi- rey y vamos á tomar fresco bajo el álamo de la fuente.

---

## EXTRACTO VI.

---

Origen de los placeres de reflexion y de las pasiones morales.

1. Hemos tratado de los afectos del ánimo, de los placeres y dolores, y finalmente de las pasiones propias de la vida orgánica y de la vida sensitiva del hombre: ahora se sigue explicar los afectos y pasiones pertenecientes á su vida racional. En los afectos de que hemos hablado hasta ahora ninguna ó muy poca parte tiene la voluntad. El alma siente las impresiones de los órganos de su cuerpo involuntariamente, y cuando sus sentidos están expuestos á la acción de los objetos exteriores, no puede menos de percibirlos y sentir tambien involuntariamente las impresiones que hacen aquellos objetos sobre ella. En estos dos casos el alma mas bien padece que hace: mas es pasiva que

activa, y si hace algo es sin poder dejar de hacerlo. Pero en los placeres y afectos de la vida racional tiene nuestro ánimo alguna parte y los mas de ellos son obra suya. Porque estos nacen y se descubren en el alma de resultas de algunas operaciones del entendimiento, de comparaciones, juicios y discursos, que por eso se han llamado tambien *placeres de reflexion*, distinguiéndolos así de los placeres orgánicos y sensibles, ó de la vida orgánica y de la sensitiva, á los que llamamos *placeres de sensacion*.

Deseo y temor, alegría y tristeza.

2. La continua alternativa que experimentamos desde el dia de nuestro nacimiento del estado en que sentimos una necesidad al estado en que la hemos satisfecho, de bien á mal estar, de comodidad á incomodidad, hace que comparemos muy luego estos dos estados, y que apetezcamos el uno y huyamos del otro. Este es el origen del deseo y del temor. Pues así como el bienestar nos alegra; así el malestar nos entristece. Deseamos estar bien: tememos estar mal. He aquí las cuatro principales pasiones de nuestra voluntad á que se reducen todas las demas. Deseo del bien ausen-

te: alegría en el bien presente: temor del mal ausente: tristeza del mal presente. De este modo, y por el mismo sentimiento de estas alternativas del bien al malestar, el hombre se distingue de sus modificaciones: empieza el sentimiento del *Yo* ó de la propia personalidad, y conoce que él mismo ahora está mal y despues bien, y quiere para sí el bienestar, y evita el malestar: huye de la incómoda sensacion de la necesidad, aplicándose á satisfacerla como le es posible; al principio como decíamos por instinto no mas.

Amor de sí mismo.

3. Y este deseo, y este conato y tendencia á satisfacer sus primeras y mas sencillas necesidades, es lo que constituye el amor de sí mismo, que sin advertirlo él, en su origen es el amor de su conservacion.

Amor y ódio.

4. En los primeros dias de su existencia apenas discierne el niño el influjo ó la accion que tienen las cosas sobre su bien ó su malestar: pero, á medida que vamos conociendo este influjo, nos aficio-

namos á las que conducen á nuestro bienestar, á las que satisfacen nuestras necesidades, y esquivamos con aversion las que hemos experimentado que nos incomodan. Conocemos aquellas por el placer que su posesion nos produce, y estas por el dolor que nos causan. Poco despues advertimos que las personas que nos rodean son capaces de proporcionarnos los objetos que apetecemos, ó de exponernos á la accion de objetos desagradables para nosotros, y de producirnos, aun con sus acciones mismas, dolor. Este es el origen de otras dos pasiones; del amor y del odio. Cuando el objeto del amor es inanimado se llama *aficion*: cuando lo es el del odio se llama *aversion*. Amamos á las personas que nos hacen bien: odiamos ó aborrecemos á las que nos hacen mal.

Ira y envidia, orgullo y soberbia.

5. Nos hacen bien las personas que nos ofrecen objetos agradables. Nos hacen mal otras, ó positiva, ó negativamente. Positivamente, ó negándose á darnos el objeto que les pedimos del modo que podemos hacerlo: 'ó quitándonos el objeto agradable que disfrutábamos: ó causando inmediatamente en nosotros sensacion de

dolor. Nos hacen mal negativamente apropiándose el bien que nosotros apetecemos. El niño se enoja con su madre cuando le rehúsa el pecho: con su hermano mas cuando lo arranca del seno materno antes de haber satisfecho su hambre completamente: mira con enfado al otro hermanito que le hace rabiarse, como decimos, con palabras ó gestos, ú obras que le ofenden y duelen: y finalmente da muestras de profundo dolor cuando ve que, solicitando con sus ademanes el regalillo con que convida la madre á todos sus hijos, otro se adelanta y se lo arrebatada y él no lo prueba, y se manifiesta por eso triste é indignado contra el hermano audaz que se jacta ufano de su destreza. Estos son los primeros ímpetus de las dos violentas pasiones ira y envidia: ímpetus impotentes mientras el niño carece de fuerzas para habérselas con sus antagonistas: pero que se desenvolverán adelante cuando las adquiriera empleándolas contra sus enemigos; unas veces rechazando el mal que quieren hacerle, otras arrancándoles el bien que se han apropiado: gozando en uno y otro caso del placer de la venganza, y del sentimiento de su superioridad, semilla primitiva del orgullo y de la soberbia.

Benevolencia, cariño, afecto, amistad.

6. Al principio solo nos afectan ó nos interesan nuestros semejantes por el bien ó mal físico que nos causan; y no sabemos mas que querer á los que nos hacen bien, y aborrecer á los que nos hacen mal en el órden físico. A este querer á los que nos hacen bien lo llamaremos *benevolencia*, para distinguirlo de la pasión del amor de que trataré luego. La benevolencia, aun en nuestros primeros ensayos de sentir, tiene varios grados: es mas viva y permanente con respeto á unas personas que á otras. La benevolencia del niño para con ninguna lo es tanto como para con sus padres, si lo educan con ternura y esmero. Es grande tambien para con sus hermanos y nodrizas y demas personas que con repetidos oficios les socorren sus necesidades y les alivian toda incomodidad. A esta benevolencia llamaremos *cariño*. De aquí va siendo menos viva y menos constante por grados hasta descender á las personas que alguna vez los acarician, ó les ofrecen un regalillo; las cuales reciben en retorno la suave sonrisa y las dulces miradas del chiquillo, expresiones sinceras de una

benevolencia que podemos llamar *afecto*. Mas cuando empieza éste á jugar y á entretenerse con otros parvulitos, se empiezan á observar los primeros rasgos de otra especie de benevolencia que resulta de la armonía de inclinaciones y de la semejanza de carácter y genio, y se llama *amistad*.

Amor propiamente dicho.

7. Llega al cabo un tiempo en que se desenvuelve en la máquina de nuestro cuerpo un sistema de órganos cuyas funciones excitan en el alma el sentimiento de una nueva necesidad, necesidad de la conservación de la especie. Toda la organización de nuestro cuerpo sufre en esta época cierto trastorno. El licor seminal elaborado y preparado por la naturaleza para acudir á satisfacer aquella necesidad, y depositado en los receptáculos convenientes, estimula desde allí por simpatías especiales á los demas sistemas orgánicos del cuerpo, y produce en algunos nuevos desarrollos: asoma el bozo suave á la barba y mejillas: la voz se enronquece y suena mas llena, mas grave, varonil: y toda la máquina recibe un aumento de vida que se descubre elegante-

mente en los ojos. Los blandos y suaves lineamentos del candor y de la inocencia, que respiraban gracias sencillas y afectos sosegados, reciben en todas las partes del semblante una viveza, una inquietud, y se pronuncian con una energía que inspira otro interes mayor. No me detendré en explicar mas por menor lo que unos mas que otros todos hemos experimentado. Todo viene á parar en aquellos afectos simpáticos con que nos lleva la naturaleza á buscar la otra mitad de nuestra existencia que ha de concurrir con nosotros á la generacion de nuevos individuos. Esta es la pasión del amor: la mas viva y la mas necesaria de todas las pasiones del corazón humano. Pasión propia de las tres vidas orgánica, sensitiva y racional, porque todos los sistemas de nuestro cuerpo contribuyen á darle el ser, á animarla, y á dirigirla hasta su complemento y total perfección. Para eso vemos que la naturaleza próspera puso lazos y conductos de comunicacion en todos los sistemas orgánicos, y especialmente en el cerebro, con los órganos en que reside el aparato de la generacion. Por eso el amor excita placeres puramente interiores, producidos solo por el sistema de nervios que llamaba internos, cuyo centro

es el gran simpático: excita placeres sensibles que se perciben por los sentidos exteriores la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto: excita placeres de reflexión, efectos de los delirios de una imaginación y de una alma fogosa y enamorada.

Codicia.

8. El hombre constituido ya en cierta edad advierte, que reproduciéndose incesantemente sus necesidades, debe para satisfacerlas no contentarse con los objetos que pueden satisfacer las presentes, sino prevenir con su industria y trabajo otros objetos que pueden satisfacer las futuras. Si en adelante se ve padre de familia, se encuentra obligado á socorrer no solo las suyas, sino las necesidades de su esposa é hijos. Crece en él entonces la solicitud por allegar objetos necesarios para proveer á la subsistencia de su familia: y aquí empieza la codicia que, así como las demas pasiones, hasta cierto punto es loable: pero que, no ciñéndose á límites algunos, se hace insaciable. Y si antes solo envidiaba en sus semejantes los bienes conducentes á su bienestar actual, luego se extiende

esta pasión á apetecer cuanto ve en los demas que le puede ser provechoso y no tiene; porque quisiera tenerlo todo.

Pasiones que se desarrollan en la sociedad.

9. Colocado el hombre en las sociedades políticas se ponen en ejercicio todas sus facultades. Y aquellas pasiones primitivas que asomaron la vez primera en su alma al rayar la aurora de su existencia se extienden y amplian, y modificándose y combinándose por distintas maneras dan origen á otras nuevas pasiones, que no son sino aquellas mismas aplicadas á distintos objetos, las cuales producen nuevos placeres en su alma y dolores nuevos: la ambición y otras. Aquellas primeras pasiones, como vimos, nacieron de las primeras necesidades del hombre y del apetito de satisfacerlas. Hasta entonces solo sentia las necesidades naturales, ni apetecia satisfacer otras. En la sociedad se hará necesidades facticias, las sentirá; y el sentimiento de estas lo impelerá á buscar objetos que las satisfagan: y esto ocupará su actividad, sus facultades físicas y mentales. Pero este desarrollo no se hace en todos en el mismo grado, y aun estoy por decir, que



las nueve décimas partes de la especie humana no conoce ni siente mas pasiones que aquellas, y que la otra décima parte no siente otras sino en cierta edad y en ciertas circunstancias.

Contagio de las pasiones en la sociedad.

10. La vista de un hombre que sufre nos causa una impresion dolorosa que se llama *compasion*: la de otro que rie, bulle y se alegra, nos regocija: la de un enamorado nos provoca al amor: la de un iracundo nos irrita. En una palabra, no hay pasion alguna, así de las naturales como de las que podemos llamar facticias, no hay afecto, no hay placer ni dolor que, en llegando á ser vivos y á manifestarse con expresiones fuertes así del lenguaje de accion como del de sonidos articulados en otros, no sean mas ó menos contagiosos, no dejen de comunicárenos por una cierta inoculacion que podemos llamar física, por razon de que es mas activo y eficaz su contagio quanto mas exactamente simpatizan sus órganos con los nuestros, y mas disposicion tienen estos para recibir é impregnarse de la accion de los agenos, é imitarla. Este es el origen de muchos de nuestros pla-

ceres y dolores en la sociedad: origen mas fecundo de lo que parece á primera vista. Llamo á estos placeres y dolores de simpatía.

*Ut ridentibus arident: ita flentibus adsunt.  
Humani cultus:*

Somos unos seres tan débiles, que solo una fuerza de carácter extraordinaria, ó una insensibilidad estúpida, ó una dureza feroz, ó una prevencion muy estudiada, puede preservarnos de este contagio de las pasiones y afectos agenos. La muchedumbre fué siempre arrastrada por la violencia de las pasiones exaltadas de uno ó de pocos. En Irlanda me contaba Tomas que se reunian al funeral de un paisano todas las familias de la comarca prevenidas con su buena alforja: comian y bebian abundantemente, y despues, empezando á llorar á gritos descompasados los parientes mas cercanos del difunto, para quienes era en verdad dolorosa su pérdida, se iba comunicando la epidemia del llanto á todos los demas que nada sentian, hasta el extremo de levantar todos á una el grito, de suerte que se dejaba oír á muy larga distancia.

Amor á la verdad, y odio ú aversion á la mentira.

11. El conocimiento de la verdad es necesario á la vida humana, y principalmente el conocimiento de las verdades prácticas. Llamo verdades prácticas aquellas que consisten en la conformidad de nuestras ideas con los objetos que las excitan exteriormente, y la conformidad de los hechos con la relacion ó noticias que nos dan otros de ellos. Para conducirnos con acierto en el arreglo de las operaciones que tienen por objeto nuestra conservacion, es necesario que estemos seguros de que las ideas que formamos de los objetos externos corresponden á los objetos á que las referimos. Para conducirnos con acierto en el trato de los hombres y en todas las operaciones relativas á nuestra conducta moral y política, es necesario que las relaciones que nos dan aquellos de ciertos hechos, que deben servir de base á nuestras resoluciones, sean conformes á los hechos mismos. Estas son las dos clases de verdades que llamamos sensibles é históricas, las cuales dependen de los sentidos y de la autoridad. De la falsedad del informe de nuestros sentidos, de la falsedad del testimonio ageno resul-

tan errores muy perjudiciales para nosotros. Escarmentados de sus fatales consecuencias, tememos desde niños incurrir en ellos: cuidamos de asegurarnos de la verdad de nuestras sensaciones é ideas cuando dudamos de ella y de la veracidad del testimonio de nuestros semejantes, si nos es sospechoso: procedemos con cautela para huir el engaño. El engaño nos duele, nos aflige, nos incomoda, nos enoja contra el embustero: por el contrario la verdad nos place, nos aquieta, y nos fiamos del que nos la dice cuando hemos experimentado su veracidad. Este es el origen del placer que encontramos en el conocimiento de la verdad y del dolor, y de la pesadumbre que sentimos al vernos engañados, especialmente cuando caemos en errores prácticos que nos inducen á tomar resoluciones contrarias á nuestro bienestar.

Origen de la curiosidad.

12. El placer y las ventajas que hemos reportado del conocimiento de estas verdades prácticas, y la actividad de nuestra mente excitada por la necesidad de movimiento que en ciertas épocas hay en el sistema de los órganos del cerebro:

producen la pasión de la curiosidad que nos mueve á investigar no solo las verdades conducentes á nuestro bienestar y propio interes, sino aquellas otras que consisten en la conformidad ó conveniencia de unas ideas con otras, de unos juicios con otros, que se llaman verdades abstractas ó especulativas. El hallazgo de estas verdades es para nosotros tambien un manantial de placeres muy puros, que conocen los que los han sentido. Pero estos son muy pocos; lo primero porque casi todos los hombres no perciben interes alguno en inquirir mas verdades que las que les producen una utilidad inmediata y sensible. Lo segundo porque aquella actividad del alma está tanto mas embotada en casi todos, cuanto mas energética y predominante es la acción de uno ó de los demas sistemas orgánicos del cuerpo humano sobre la del sistema de los órganos del cerebro: como se ve mas palpablemente en los hombres en quienes el sistema de los órganos de la digestión excede en robustez á los demas sistemas, los cuales comen bien, digieren mejor, y piensan muy poco.

Placer que excita la verdad en las bellas artes.

13. Hay otra clase de verdades que son el fundamento de todas las bellezas que encontramos en las artes de imitación. El alma, acostumbrada á amar la verdad y á complacerse en ella, se deleita maravillosamente cuando, comparando el original con la copia, la naturaleza con el arte, encuentra á este conforme con aquella. Este placer es el que se siente á la vista de una buena pintura, de un trozo de poesía ó de elocuencia, en el que se imitan los cuadros graciosos de la naturaleza, se refieren los sucesos pasados, ó se dibujan las costumbres. Este placer es el que hace llorar y reir en el teatro á vista de las escenas trágicas, y del ridículo de la comedia en las que se ve copiada la naturaleza, como indica el legislador del buen gusto;

*Ficta voluptatis causa sint proxima veris  
Aut famam sequere, aut sibi convenientia finge.*

Asi es que la descripción poética de un campo, de una fuente, de una batalla, de una pasión, nos gusta y deleita tanto mas, cuanto mas conforme la hallamos con la realidad de aquellos objetos.

Octavia, conmovida de una ternura triste al oír á Virgilio el *Tu Marcellus eris*, se desmaya, porque en aquellos versos ve copiadas con dulce delicadeza sus esperanzas, y su dolor en la pérdida de su hijo. Se le renuevan en el alma aquellos sentimientos; pero suavizados con el placer que le causa la exacta y bella copia de su desgracia. Mas, aun cuando el original que se copia no sea bello en sí mismo, agrada y place la copia por su verdad solamente. Estas son dos cosas, belleza y verdad: aquella existe en el objeto copiado: esta consiste en la conformidad de la copia con el original. La carta de Teresa á su marido Sancho no es bella; pero es una copia tan verdadera, tan exacta del original, la ficcion remeda con tanta propiedad á la naturaleza, que no podemos contener la risa que nos causa el placer que sentimos leyéndola. Asi es que la belleza, si pudiera hallarse sin la verdad en las obras del arte, no agradaría, no causaria placer: pero sí gusta la verdad de la imitacion aun sin la belleza. Un hermoso país mal copiado no agrada: una historia muy bien escrita en estilo muy pulido y gracioso, pero no conforme á la verdad, desagrada y fastidia; y finalmente nos hace gracia una bambo-

chada ridícula, por la exactitud con que copia un objeto bajo y desagradable tal vez en sí mismo.

Que sea la belleza sensible.

14. Desde los primeros ensayos de la razon se presentan ocasiones en que tenemos que comparar las partes que componen un objeto unas con otras, y con el objeto de que son partes: tenemos que comparar los medios de que nos valemos para conseguir algun fin, con este mismo fin á que aspiramos por aquellos medios. Comparando las partes de una planta de un animal unas con otras, advertimos que guardan cierta correspondencia y simetría: comparándolas al todo, encontramos que tienen con él cierta proporcion, y que están colocadas en un orden y con un enlace propio para componer un todo cabal. Cuando queremos usar de algun instrumento para ejecutar alguna operacion, la necesidad nos obliga á compararlo con el fin á que lo destinamos, y, ensayándonos en su uso, observamos si es ó no proporcionado para lo que queremos. Si no lo es, lo abandonamos. Si lo es, pero usando de él no obramos sino